

«Se nos fue la mano.»

Esta frase breve hace vibrar los cristales de las ventanas de Barcelona y de toda España. La frase ha llegado mucho antes que internet, los diarios, las radios y las televisiones la divulgaran. El horror, a veces, llega antes que la noticia, antes que el mensajero.

«Se nos fue la mano.»

Hasta la Costa da Morte llega el eco de la misma. En el Valle del Jerte, por ejemplo, espanta a los cerezos y en Riglos, un pueblo oscense, los buitres se santiguan.

«Se nos fue la mano.»

Hasta las cigüeñas que anidan en los tejados extremeños, hasta la espadaña de cierta ermita castellana en ruinas tiemblan al oírla.

«Se nos fue la mano.»

A tres jóvenes se les fue la mano y una mujer, que leía o decía en voz alta poemas de Amado Nervo y escribía cuentos cortos, ha muerto quemada en Barcelona. Han sido dos días de ago-

nía en la unidad de quemados del hospital Vall d'Hebron. La quemaron en la oficina de una entidad bancaria, la Caixa. En uno de esos cubículos que llaman cajeros automáticos.

*Tu cabellera es negra como el ala  
del misterio; tan negra como un lóbrego  
jamás, como un adiós, como un quién sabe.  
Pero hay algo más negro aún: tus ojos.*

Así sonaba Amado Nervo en la voz de la mujer quemada.  
«Se nos fue la mano.»

Se les fue la mano y los tres jóvenes acusados ignoran lo que es la muerte lenta. O la tortura. Ignoran que la epidermis es la capa superficial cutánea que nos protege de las agresiones microbianas. Ignoran que la dermis, la capa profunda cutánea, nos defiende de las agresiones mecánicas y, entre otras cosas, facilita la elasticidad. Los tres jóvenes ignoran que la epidermis se regenera y la dermis, no. Ignoran lo que es una unidad de quemados.

Todo terrorista, todo causante de haber quemado voluntariamente a alguien, debería ser obligado a pasar unos días en una de esas unidades. En las mismas, cuando llega un quemado, la urgencia es más urgente, huele más a urgencia. Cuando llega un quemado a esas dependencias hospitalarias todo adquiere el más desenfrenado de los ritmos y el dolor duele más porque ese dolor, la carne viva, no soporta el más mínimo roce con nada. Es tanta la tensión que se vive en las unidades de quemados que, después de la primera jornada transcurrida en una de ellas, algunos médicos y enfermeras comprueban que la

## *La noche que quemaron a la mendiga*

tensión pasada les ha procurado unas insólitas e inesperadas hemorroides.

Cuando Félix Riera, mi editor, me habló de la posibilidad de escribir sobre lo ocurrido con María del Rosario Endrinal Petit le propuse que quizá a esa mujer, quemada viva en una oficina de la Caixa, a esa mujer que leía en voz alta poemas de Amado Nervo y escribía cuentos cortos, había que situarla en una noche más ancha de miedos. Una noche donde algunos jóvenes afirman que las palabras ya no sirven para nada. Félix aceptó la sugerencia y yo salí a la calle para observarla y escucharla mejor. Observarla y escucharla a lo ancho. La noche, esa larga noche del trago y la pastilla. La noche, esa larga noche que el indigente teme y por eso aún abusa más del cartón, ese vino bronco que le ayuda a olvidar que huele mal. Ese vino que también le quita las ganas de comer.

Mi compinche Mateo Seguí, abogado penalista, me echó una mano y, gracias a él, pude conocer a un personaje fascinante, caótico y luminoso, a quien en esta crónica nocturna del miedo se le llama La Calle. Fue lo acordado con él, con La Calle, un ciudadano barcelonés que conoce, por oficio, al delincuente y la cárcel y que sobrevive o va suicidándose desde hace doce años en las calles de Barcelona. Lleva demasiado vino y decepción en las venas, pero su talento sigue casi intacto. Si alguien cree que se trata de un personaje inventado no seré yo quien pierda el tiempo intentando demostrar que existe.

—En realidad soy un invento. Me invento cada día, cuando al despertar del poco sueño que ya me queda, compruebo que aún no me ha matado alguien.

Los hechos no son como ocurren o suceden sino como nos los cuentan los medios de comunicación y algún que otro zascandil. Los hechos son como nos los cuentan los medios de comunicación o, mejor, como nos los van contando. Por eso he recurrido a ellos. Soy periodista —así lo creo— y por eso les he robado sus carteras a algunas compañeras y compañeros que entrevistaron a personas que tuvieron que ver con María del Rosario Endrinal o con temas relacionados con los jóvenes y la violencia. También le robé una charla pública a Salvador Busquets, director de la Fundación Arrels. No les he pedido permiso, pero a todos esos compañeros y compañeras los cito con sus nombres y apellidos. Una cosa es ser un ladrón y otra ser un ladrón mal educado. También cito a los medios. Por supuesto. Me satisface poder hacer lo que es simplemente justo o profesional, que es lo que no siempre han hecho o siguen haciendo algunos colegas con mi cartera.

Parte de las entrevistas —las que he robado a algunas compañeras y compañeros— aparecen cronológicamente porque fue así, con sus contradicciones, día tras día y a través de los medios de comunicación, como nos fuimos enterando de quién fue aquella mujer que se enamoró de un francés. Una mujer a quien le gustaba la ropa de marca y que decía en voz alta poemas. Sobre todo los del poeta mexicano Amado Nervo, aquel que supo describir el rayo azul que suicidó a su hermano.

En determinada novela, Simenon escribe que la madre de la mujer asesinada se presenta con su joven nieta en la comisaría de policía y le dice al comisario Maigret lo siguiente:

*La noche que quemaron a la mendiga*

—Lo que escriben en los diarios de mi hija es falso. Mi hija no era así. Mi hija era una buena chica.

Maigret se saca la pipa de la boca, mira a la niña huérfana, posa su mano sobre el hombro de la abuela, y le dice:

—Los periodistas son una raza extraña.